I. ARELLANO, *El «Atahualpa» de Cristóbal Cortés. Una tragedia neoclásica*, Pamplona, Eunsa, Anejo Rilce nº 11, 1993, 220 pp.

El «Atahualpa» de Cristóbal Cortés. Una tragedia neoclásica, último de los Anejos de Rilce, responde a la necesidad de sacar a la luz nuevos textos de nuestra literatura que por una razón u otra se han visto privados de mayor atención. De sobra es conocido el olvido al que ha sido relegada la tragedia neoclásica por su escaso valor estético al que ha contribuido en gran medida su intención política y moral. El nuevo trabajo presentado por Arellano consta de un estudio teórico, como introducción al *Atahualpa*, y de la edición de la tragedia, fijada sobre la edición príncipe impresa en Madrid por don Antonio Sancha en 1784.

El estudio introductorio del *Atahualpa* se realiza a la luz de las doctrinas sobre la tragedia que aparecen en la preceptiva dieciochesca por excelencia, la *Poética* de Luzán. Y bien es cierto que Arellano no se limita a hacer una exposición teórica sistemática del tratado, sino que lo utiliza para puntualizar algunos aspectos importantes, tanto para el enfoque del estudio como para su lectura. Gracias a este planteamiento, y partiendo de la definición de tragedia de Luzán, analiza la métrica, el estilo y el tratamiento lingüístico de la expresión poética de Cortés, elementos claramente encaminados a lograr la verosimilitud y el decoro característicos de la tragedia neoclásica. De todo ello se desprende su objetivo pedagógico y moral, siempre orientado a la catarsis de las pasiones, «especialmente de las pasiones 'trágicas'» (16).

El *Atahualpa* de Cortés, tragedia neoclásica en cinco actos, se escribió para el certamen convocado por el Ayuntamiento de Madrid con ocasión del nacimiento de los infantes Carlos y Felipe, y para festejar también la paz de Versalles; por tanto, está sujeta a unas condiciones de obligado cumplimiento, razón que no se debe obviar a la hora de tratar el asunto, las fuentes y su manejo. Nos encontramos ante una recreación de la conquista del Perú, que está basada en las fuentes existentes, aunque es forzoso, en ocasiones, variarlas o añadir algunas cosas «así por cumplir con las leyes del Teatro» (85), en voz del

dramaturgo navarro Cortés. Arellano realiza una tarea esmerada que denota por una parte su erudición y buen hacer, por otra, el conocimiento y comprensión de las convenciones de la época que le permiten hacer un buen estudio analítico, en el que a medida que expone el asunto de la obra, basado en un hecho histórico concreto, rastrea y da explicación a las inexactitudes históricas debidas a las necesidades poéticas, que en algunos casos están «puntillosamente» señaladas por Cortés. Del mismo modo completo y analítico, trata los diversos temas grandes, interesantes y trágicos que aparecen en la tragedia, como lo hace también con los héroes trágicos, y con el estudio de la estructura de la obra.

La edición de la tragedia conforma la parte más gruesa de este trabajo (83-220). En la nota preliminar al texto editado, Arellano sienta las bases que va a seguir en la edición (81). Estas aclaraciones unidas a la utilización de la edición príncipe constituyen una prueba evidente del rigor filológico con el que ha sido desarrollado el trabajo, y que se constata con la lectura del texto de la tragedia, acompañado de un aparato de notas filológicas. No se puede pasar por alto el corpus bibliográfico utilizado, como tampoco el apéndice de fragmentos de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso.

Con *El «Atahualpa» de Cristóbal Cortés. Una tragedia neoclásica*, Arellano contribuye no a elevar la mediocridad estética de la tragedia neoclásica, tarea imposible, pero sí a hacer una importante aportación para el mejor conocimiento de un período relegado al olvido, y que sin duda merece atención, puesto que es parte del patrimonio de nuestras letras.

Eva Ruiz